

DE LA RISA Y LA SONRISA

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

A Mario Perico: en la risa, aguijón y miel.

Nada anda tan incierto en el juicio de las gentes como lo que pretende ser más cierto. Obsérvese, por ejemplo, la seguridad, la certeza casi religiosa con que se habla de cuanto al hombre se refiere: inteligencia, lógica, memoria, intuición, sentimiento, risa, sonrisa, etc. Sin embargo, a poco que analicemos cada uno de los componentes de esta serie de “términos”, según van insertos en el lenguaje común, veremos que no coinciden siempre consigo mismo, esto es, con su valor real. Se me ocurre pensar que ello se debe a dos cosas íntimamente entrelazadas. De un lado a que la palabra o, mejor todavía, la lengua en cuanto uso social es, como la moneda, un valor impreciso con la cual no podemos confiadamente contar. Que “esta” palabra, una cualquiera, no nos defina cuando la empleamos el puro concepto de ella, quiere decir que la utilizamos como un “hecho absoluto”. Tenemos, en consecuencia, que vocablos cuyo nombre es el mismo tienen sentidos distintos y hasta irreductibles en el lenguaje común y en el concepto en cuanto tal concepto, aunque, claro está, poseen ambos una estructura mínima idéntica. Y de otro a que nuestros pasos iniciales en el pensar, o sea en el meditar cotidiano y, por así decirlo, al menudeo, no son algo lógico, sino algo intuitivo. En este ir y venir de nuestro pensar de cada día los pensamientos carecen, en efecto, de su segunda vida, la cual es, desde luego, su vida lógica. Hablamos, hablamos... y las palabras se atropellan todas juntas, casi sin separación. La vida —se ha dicho— es prisa; por tanto, nuestro discurrir, nuestro pensar diario. De aquí que al decir algo no se sepa bien, rigurosamente, en qué consiste; decimos lo que de ello se dice. Quien habla carece de tiempo, ¡es obvio!, para formarse una *teoría lógica*. Como sucede en la caza de alto rango, que todos los honores venatorios consisten en “cazar vivo” al animal, cuando se habla lo que se está haciendo es “cazar viva” a la palabra. Pues al hablar no tenemos tiempo de volvernos de espalda a lo dicho, y, aplicando los conceptos lógicos, construir una trama en extremo precisa y coherente. Lo cual sería matar a la palabra.

Así con la risa. Digamos, pues, no sin cierta afectación conceptual, que existen una risa pre-lógica, y otra, por el contrario, completamente lógica: una risa *viva* y una risa *muerta*. “Los filósofos son unos moribundos”, enseñaba Platón. Con lo cual se nos hace manifiesto que la risa

como contenido mental —en su cara *ad intra* del pensamiento— nos avienta la misma exclamación del diablo: “¡Tal vez no has tenido en cuenta que yo también soy lógica!”. Más aún: ¿por qué, sí, por qué el Diablo, el Príncipe del Error, tendrá eternamente a flor de labio una grande e infinita carcajada? Pero dejemos estas vaguedades y hagamos un poco más apretado el tema. Decía que existe una risa indefinida, infinita, in-acotada y, por lo mismo, difusa y confusa, frente a otra “acotada”, en sentido aristotélico: la risa como extracto mental, como *lógos*, que viene a ser de la otra su exactitud, su precisión; como quien dice su decantación sutil y paradójica (1). El hecho de que podamos dar a la risa una jerarquía, una estructura, significa que una porción de los humanos nos reímos de una manera y otra en forma diferente. Sí; todos nos reímos distinto. Pues ella no consiste en estar ahí: en el espacio cósmico, sino en hallarse complicada en el vivir. Primero es vivir; luego, filosofar. Pues bien: ¿qué significa esto? ¿Qué quiere ello decir, rigurosamente hablando? Nada menos que la risa lógica no existe. Su carácter es sobradamente espectral, imaginario, irreal. ¿No se ha dicho, por ventura, que todo pensar no es, hablando en concreción, sino fantasía, algo que se inventa, como las matemáticas, *ad hoc* para que sea exacto? Nos reímos, pero en el momento de pensar a la risa la hemos aniquilado.

Por eso, el menos riente de los libros es *La Risa*, de Henri Bergson. “¿Qué significa la risa?”, comienza el gran escritor su meditación. “¿Qué hay en el fondo de lo risible? ¿Qué puede haber de común entre la mueca de un payaso, el retruécano de un vodevil y la primorosa escena de una comedia? ¿Cómo destilaríamos esa esencia única que comunica a tan diversos productos su olor indiscreto unas veces y otras su delicado perfume?”. He aquí a la risa —por lo menos a una parte de ella, pues solo estudia a la carcajada— sometida a fundamento y razón que la hagan inteligible, como que Bergson lo que hace es punzar el crudo hecho de la risa, que irrita su intelección, y buscarle su por qué. Sobre un puro acontecer insensible, sobre una pura contingencia social dispara los venablos de su discurso y nos trae una risa hecha idea, es decir, un cadáver de risa. Cuando nos explica que ciertas deformidades y expresiones ridículas del rostro tienen el triste privilegio de inspirar risa, porque hacen el efecto, como el caso del jorobado (2), de no saberse tener bien, al contraer su espalda un pliegue defectuoso, una mueca ya arraigada, un mohín fijo, experimentamos, queramos o no, una sensación de pavor, de sobrecogimiento absoluto. ¡Todo menos reír! Porque Bergson, como todo gran pensador, invirtió la fórmula canónica: primero pensar; luego, vivir. Al fin y al cabo, la risa lógica es una y siempre la misma, prescrita, fija, ontológicamente inmóvil: es ya y desde luego lo que es y va a ser. ¡La risa que se basta a sí misma, la risa suficiente! Y es que en el libro de Bergson la risa —réparese: *La Risa*, esto es, una única risa— podemos leer entre líneas cosas como estas: no hay más risa que la risa; hay aparente multiplicidad de risas; la risa es un ser invariable, un ser-siempre-lo-mismo; la auténtica realidad, la *usia* de la risa es la protorisa. Y así sucesivamente. “Se trata de un elemento simple” dice por ahí.

Bergson, en efecto, evita definir la risa con ejemplos vivos. Mas no nos vayamos a equivocar. Si tales ejemplos no aparecen por parte alguna

es para hacer más evidente la multiplicidad, vista ya a lo vivo, de la risa, o sea esas risas reales que están siempre cambiando. Los casos de risa que el pensador francés nos hubiera podido citar son muchos, pero, en lo esencial, se pueden comprender entre dos términos opuestos. Todos los lectores a contrapelo de Don Quijote hemos sorprendido allí dos clases de risa: la que el héroe conquista a punta de lanza, risa que el hidalgo manchego lleva dentro del alma, y la de los lacayos que se regocijan con sus entuertos a mandíbula suelta. Su territorio se extiende, pues, desde la risa que lleva el ridículo al heroísmo hasta la eterna risa sin alma, es decir, aquella que trae el heroísmo hasta el ridículo. Sin embargo, al suponer yo que Bergson nos hubiera podido ofrecer estos ejemplos voy muy lejos. Porque él, limitando la risa a lo "inconsciente", la hace incompatible con la emoción. Para Bergson la risa es la más simple y la más ruidosa. Peor aún: con brincar de la carcajada a la risa lógica, a su explicación, la cual vimos no existe, como risa se entiende, olvida otra más sutil, más tenue, más exquisita: la sonrisa cuya emoción y conciencia de sí misma le confiere una cierta dosis de amargura. Por no haberlo hecho así, en La Risa no se nos habla de toda la miseria y toda gloria del destino humano.

Sería ideal que existiera rigurosamente la risa lógica, como sería ideal, por otra parte, que existieran los centauros. Solo cabe la explicación de la risa, y esta reducción a idea ya no es risa. Ella, como la planta, no ve su propia raíz. La risa lógica, repitémoslo una vez más, no existe. No es cierto; pues, y como pretende Bergson, que se trata de un elemento simple. Y no es cierto porque la risa esta *anativitate* extrañada de la lógica. En ella hay un *nivel*, que es el que corresponde a la sonrisa. Merced a este cabe hablar de la risa semilógica, la cual consiste, a la postre, en representárnosla intelectualmente. ¡La Princesse lointaine!... Ahora bien: si el hombre no puede crear una risa de la risa, si no puede construirla de manera consciente, puede, en cambio, caminar hacia ella y elaborar una extraña y sutilísima. Y, en efecto, sonrío. Basta esto para mostrar cómo debemos representarnos el sentido riguroso de la sonrisa. Con ella, más que hacer patente la efectiva imposibilidad de una risa lógica, se crea una risa híbrida: una risa de la cual es preciso contrarrestar la propensión a confundir e idealizar. Pues es, a la vez, misterio fascinante y misterio tremendo. Se trata simplemente de la que distancia a unos hombres de otros. Y consiste, en suma, en estar en lo humano como tal: es la vida en el instante del traspies entre la risa y el llanto, entre la emoción y la burla, de un traspies permanente y definitivo. Por eso élla, y solo élla, muestra al hombre lo que hay de animal en lo humano, de grande en la humildad, de humilde en la grandeza, de risa en el dolor y de dolor en la risa. ¡Cuán lejos estamos de la fría e impersonal risa de Bergson! Digamos que se trata de la risa de hombre a hombre —una risa que está a la espalda de la risa.

Sobre este fondo, que es el más en sazón para destacar la superior ejemplaridad de la sonrisa, viene hasta nosotros gravitando, con toda la autenticidad y vivacidad de que sabe dotarse el fuerte patetismo de la vida, un caso de risa con emoción y conciencia de sí misma. Sin la embestida de cornúpeto de la carcajada, se nos hace patente y no hay lugar aquí para el sobrecogimiento absoluto o para la sensación de pavor,

sino para que el corazón destile su consubstancial emoción. Me refiero a la sonrisa que provoca Charlot. Y hablo de este vagabundo, porque en sus películas ganan su extrema madurez las virtudes de lo trágico y de lo cómico que fraguan la emoción. Charlot es el Don Nadie que se sueña *gentleman*, esto es, un modo de ser hidalgo actual y, obviamente, muy a la inglesa. Con su *chaquet* estrecho, raído y corto, con su hongo abollado, con sus botas desmesuradas, sus guantes rojos, con sus pantalones enormes para sus piernecillas entecas, todos sus ademanes, sus gestos, sus actos y gustos son, como su mueca de angustia infinita, extraños a este mundo en que el azar y el destino lo pusieron a vivir. Lo mismo que con el hidalgo de otrora, deambulan por el leproso arrabal sus despreocupados gestos, su aire benévolo, su mirada derretida, dulce, pura... Solo, hambriento, aterido, es pródigo, magnánimo y comprensivo con los seres desvalidos que se esfuman entre las sombras y la lívida luz de la calle. Una tarde, entre la burla y la emoción del sórdido callejón, entre la risa y el llanto de aquella picaresca de gran urbe, descubre una anciana ciega que se dispone a cruzar la calle. Ella no duda que quien le ayuda es un verdadero *gentleman*, pues tanta es la delicadeza con que Charlot la prende del brazo. Otro día, el vagabundo sale de la cárcel, vencido, derrotado, y descubre la compasión en los ojos de la ciega, que ha recobrado la vista merced a sus desvelos. Y, no obstante... acepta la limosna que su mano le tiende, evitando descubrirse, despertándola del sueño que hizo de él un *gentleman* caritativo. He ahí a la sonrisa hecha carne viva. De tal modo este gesto de Charlot es dechado de una sonriente emoción, que nadie capaz de sentir el profundo latido humano puede experimentar llanto o risa simplemente.

Cada acto que ejecuta Charlot es, pues, un medio provocado para crear la sonrisa. Hay aquí un misterio humano cuya usada explicación no haría sino oscurecerlo más. Porque es maravilloso que un gesto y una actitud del hombre, los cuales basta contemplar para comprender que están hechos para la risa, para la burla, disparen de pronto y sin perder aquella potencia de risa, otra de llanto, y al revés. Un instante después, risa o llanto, se habrán ido como el relámpago. No cabe prueba más fina de que la sonrisa está a medio camino entre la risa lógica, por tanto, fabulosa intelectual e inexistente, y la carcajada multitudinaria y real, terriblemente real y vertiginosa. ¡Es el misterio milagroso de la sonrisa! Que puesto al hombre en una pavorosa situación, le arranca, haciendo en los labios un repliegue muy tenue, una diluída risa sin par.

Allá, tal vez en la madrugada, está Sócrates apurando la cicuta y una sonrisa cuyo eco no han apagado la onda de los siglos y la gran resonancia de su filosofía. Allá está el viejo extraordinario, sonriendo, apenas sonriendo... Allá está "cuando los soberbios muros de Troya humearon por tierra", "cuando los dioses coronaron de conquistas las armas".

NOTAS:

(1) Para mayor abundancia en la exactitud, digamos que la *risa lógica* es un componente común que exhiben una diversidad o muchedumbre de risas. Vemos en ellas lo que, en rigor, tienen de risa, y abstraemos todo lo demás que las componen, todo lo que las diferencian, multiplican y diversifican. Por ejemplo: de que una risa está en

labios de zutano y otra en los de mengano, de que tiene esta o aquella otra intensidad. Se trata de una risa ubicua, porque, esté donde esté, siempre es la misma: en cualquier boca y en todas las bocas. Es, por tanto, una parte real de la risa real. Y puesto que viene de la risa, risa es. Lo cual no quita ni pone que en el texto expresemos que esta risa no existe. ¿Dónde? Pues ahí como otra risa cualquiera. Como el triángulo, que forma parte de muchas cosas reales, la *risa lógica* forma parte abstracta de cada una en particular y de todas en conjunto. Quiere decir esto que *la hemos hecho*, extractándola de las risas reales, y por eso la podemos de-terminar, de-finir, mientras que a estas no, porque se nos presentan espontáneamente con una tal variedad de componentes que no podemos controlar. Pero ¿qué es —se nos dirá— la *risa lógica*? Hablábamos de que Bergson nos analiza *por qué* se dispara la risa. Pues bien: este *por qué* es la risa lógica, la cual ni la intuición ni la definición nos la descubren. Nos reimos por diferentes motivos. Sin embargo, el *por qué* será siempre el mismo, luego algo único, abstracto, que hemos extraído de muchos *por qué* concretos. Y es que aquel, con exactitud, no es estos —estos múltiples, difusos, cambiantes— motivos de risa fuera del pensamiento, en su cara *ad extra*, sino su cara *ad intra*, su propio acotamiento, su contenido mental. Y —¡desde luego!— tal *por qué* no existe realmente, como existe la risa de mi amigo Mario Perico Ramírez: con su finura, su aguijón, su miel, su denso calor humano. Vista en esta perspectiva, se comprenderá otra afirmación del texto: a la risa lógica no se puede llegar, *riéndose*; se puede meramente aproximarse. De ahí la sonrisa. La gran manquedad de la teoría bergsoniana estriba en que ignora esta cara interna de la risa, y por eso allí no hay más risa que la carcajada inconsciente. (A quienes en nuestro medio reputan todo esfuerzo de maceración conceptual una pesadilla de horror, simples “nieblas germánicas”, en perjuicio de una “claridad latina”, *yo* les arguyo, por anticipado, que esta meditación sobre la risa y la sonrisa no es una teratología intelectual, un quebrarme el seso entre rodelas y arneses mohosos. Habría, pues, que formularle esta pregunta a cuantos andan en la maroma de la prosa bonita: ¿en el electroencefalograma no queda acaso del hombre más que una raya ondulante o quebrada?).

(2) No hay que inculpar principal o exclusivamente a esta clase de salidas de tono, por así decirlo, el motivo de la risa. Toda salida, toda exageración llevada a un punto más allá de lo previsible tiene la virtud de suscitarla. Diríase, por tanto, que se trata de una cuestión de grado. Sin duda que en otro nivel, menos alto, sobrevendrán las lágrimas. Pero en este máximo y como de hora cenital no habrá cosecha distinta a la de la risa. De tal modo el origen de ella es la salida excesiva de lo corriente, de lo habitual. Ahí están, por ejemplo, las famosas salidas de Bernard Shaw, quien fue desde siempre un fustigador de las costumbres de los ingleses con sus verdades descarnadas, cínicas, que hervían y fluían soterradas en el fondo de la sociedad inglesa. “Bernard Shaw es un célibe, un irlandés, un vegetariano, un mentiroso, un charlatán, un socialista, un confeccionista, un aficionado a la música, un adversario denodado de la situación en la que se encuentran las mujeres de nuestra civilización, y cree seriamente en el arte”, confesó alguna vez. De súbito, sobre el lomo de estas verdades rigurosas aparece el efecto cómico; lo vemos segar el cielo de la verdad, porque Shaw ha hecho simplemente una cosa: decir la verdad fuera de todo eufemismo, esto es, presentarla exagerada, en su extracto puro y en *modo recto*, ya que, en la vida, se habla en *modo oblicuo*, sin embargo ese viejo con su aspiración matusalénica y su ideal del super hombre fue un moralista rígido y terriblemente serio.